

texto de uso en los planteles de educación de aquellos países, para recomendarlas en vez de los libros de que se ha hablado. Estas obras podrían servir de base para otras en inglés.

Aumenta el número de solicitudes de escuelas de este país, por establecer el canje de correspondencia entre sus alumnos y los de planteles de igual género en la América Latina.

Además de los datos recogidos por esta Sección para la de Instrucción Pública y Educación del Boletín de la Unión Panamericana, ha continuado publicando en dicha revista, en inglés y en español, monografías y otros estudios relativos a la instrucción pública en la América Latina. Estos trabajos han sido muy bien recibidos por los educadores de este país, así como por los maestros de español.

Hay que hacer notar otra vez que faltan los datos solicitados anteriormente del Brasil, Chile, Cuba, Ecuador, Haití, Paraguay y Uruguay. Es de la mayor importancia ese material para la buena marcha de la Sección de Educación, que no siempre puede desempeñar su cargo como cumple, por falta de la información solicitada. En la Sección se debería recibir con regularidad todo género de publicaciones, oficiales o particulares, relativas al movimiento educativo de la América Latina, para el mejor servicio de la Sección de Educación.

El interés directo de los señores Miembros del Consejo Directivo en

obtener las publicaciones solicitadas es indispensable a la buena marcha de la Sección de Educación, cuyos esfuerzos en estimular la corriente educativa Panamericana comienzan a dar resultados, si modestos hoy, no por eso menos importantes.

Ha compartido con el infrascrito el trabajo cada vez mayor de la Sección de Educación, la señorita Helen L. Brainerd, graduada del Smith College, Northampton, Mass., que, además de sus tareas regulares, con verdadero entusiasmo ha robado a sus horas de descanso tiempo para dedicarlo casi diariamente a la buena marcha de la Sección de Educación, y es deber hacerlo constar así.

Desde el mes de julio de este año ha colaborado en la Sección de Educación el señor ARTURO TORRES, Superintendente General que fué de Instrucción en Costa Rica, Director de la Escuela Normal, maestro graduado de la Universidad de Columbia en Nueva York, y profesor titulado de español en las escuelas de la misma ciudad, quien, además de sus conocimientos técnicos y prácticos en asuntos de educación, se halla animado del deseo de fomentar las relaciones educacionales de los pueblos de América, materia ésta a la cual siempre ha dado él atención especial.

Con todo respeto,

F. J. YÁNES,
Subdirector.

Washington, D. C., 1 de noviembre de 1919

Los pequeños poemas en prosa de Rubén Coto

ENTRE los hechos espirituales ejecutados en los últimos días en el ambiente seco de nuestra ciudad, quizá ninguno tan delicado como la publicación de los pequeños poemas en prosa de Rubén Coto.

Aquí ante mí, sobre la mesa de trabajo está *Athenea*, y mi pensamiento fluctuante entre el fastidio y la tristeza, cree, al mirarla, que una mano femenina se tiende hacia él y le dice:—Aquí en mi palma llevo unos granitos de ilusión... ¿Queréis probarlos?

Y al gustar de ellos se olvida todo lo feo, vulgar y tremendamente egoísta que agita hoy el mundo. Por un momento de la memoria se borran las luchas de la Política y del Capital en América, Europa y Asia, se borran Palmer, Lloyd George, Estrada Cabrera, Gómez y hasta las microscópicas intrigas de nuestro diminuto país, y el alma se pone a sonreír dulcemente: es que «Primavera», «Sol para el Corazón», «La Luciérnaga», «La Guitarra», «El Pañuelo de los tiempos azules», etc., han penetrado en el dominio sentimental y piedras,

barro y ortigas desaparecen de nuestro horizonte.

¿Qué gentil epicúreo es este escritor que sabe hacer amable un zapato viejo convirtiéndolo en barco de una rosa encarnada?

Una amiga nuestra nos dice que encuentra en estos pequeños poemas en prosa de Rubén Coto, un sabor oriental muy marcado, tanto en la elección del tema como en la encantadora sencillez de expresión, sin la sensualidad que suele rezumar de ellos. Y me parece que tiene razón. Si yo dejara de leer «Sakúntala» para leer «El Camino» por ejemplo, mi corazón casi no echaría de ver la transición; sería como si un radiante día de verano se diluyera en un crepúsculo en cuyo cielo luciera la luna nueva.

Los breves poemas de Amarou no tienen su ternura.

Ahora siento temblar las páginas de Rubén Coto en mi pensamiento cansado, como gotas de rocío sobre una hoja seca.

J. S.

Abril de 1920.

LA SOMBRILLA

EN estos últimos tres días hemos tenido en mi calle cierto inusitado trajín de operarios y de mozos de labor, debido a las serias reparaciones de que está siendo objeto especial una de las casas más próximas, la más antigua acaso y la que mayor estímulo ofrece al recuerdo y a la evocación, por su estilo arcaico y por la melancolía añorante de su jardín abandonado y lleno de poesía.

Ayer estuvieron desalojando el desván. Manos extrañas atendían al trasiego de infinidad de objetos en ruinas: muebles desvencijados, grandes cajones llenos de libros viejos, de cuadros y de prendas de uso personal pasadas de moda iban siendo despertados de su largo sueño de olvido y paz. En el vaivén, se vino rodando hasta el suelo una caja larga de cartón cubierta de telas de araña y en el interior de la cual se hallaba una sombrilla con una capa de polvo encima. Una amable viejecita de tez de marfil y de ojos de leve sonrisa que habita la casa y que riega todas las mañanas los tiestos de flores, tomó la sombrilla en sus manos y con evidente nerviosidad la abrió a plena luz. El mango era de nácar con incrustaciones de colores, las varillas doradas, la camisa de seda de un verde malva con guardas de flores lilas y blancas y el casquillo de marfil. La tela se había desteñido a trechos y ofrecía perforaciones en muchos puntos, y al ser desplegada, una vaga esencia del pasado saturó el ambiente. En el semblante de la anciana tuvo lugar un verdadero cambio: en sus ojos dulces y tranquilos se advirtió algo parecido a un breve retorno de juventud; fué como si en un estanque apacible se copiara de pronto una alegre flor, y en su frente irradió un lejano claror de aurora. Con la sombrilla caída con abandono en el hombro; salió con paso rítmico y se internó en el jardín modulando una antigua canción de amor, indiferente a las miradas de los circunstantes que la observaban con alguna discreción.

RUBÉN COTO

Nota bibliográfica

Las Estancias Espirituales. *Versos de MANUEL DE CASTRO*. (O. M. Bertani, Editor. Montevideo, 1919. Colaboración artística de los pintores Eugenio Abal, Carmelo Arzadum, A. Pena y Mario Radaelli).

EN las palabras prologales, Alberto Zum Felde declara: «Manuel de Castro es poeta místico, el primer